

## **Pasar la lengua: sobre rituales cotidianos, arquitecturas menores y estrategias para alterar la corporalidad y habitar el mundo**

“No se trataría de construir el lugar que habitamos desde cero, erradicando lo que quede en él, sino utilizar otra lógica, la de amueblar el mundo.”

Víctor Navarro

Nuestras ciudades están plagadas de edificios hechos para que nos sobrevivan, arquitecturas construidas para permanecer inmutables durante siglos, como si el paso de los años y las inclemencias del tiempo no pudieran hacer nada frente a los deseos humanos de continuidad, provocados por el desasosiego que históricamente ha producido la discontinuidad de nuestras vidas humanas. Las obras de arte son custodiadas y protegidas en museos y centros de arte, y restauradas hasta que ya no queda nada, o prácticamente nada, de lo que fueron en un principio. Con los edificios ligados al poder sucede lo mismo; no obstante, no corren la misma suerte otros espacios cuyos fines eran más sociales o relacionado con el pueblo. Pretendemos conservar objetos, pero sobre todo, arquitecturas como si estas no tuvieran sus propios ciclos de transformación y nos aferramos a ellas hasta las últimas consecuencias. Al fin y al cabo, ¿hay algo más duro y sólido que los bloques que construyen los edificios emblemáticos de las ciudades que habitamos?

Frente a esta imagen mental del bloque indestructible, unidad mínima de la arquitectura, que construye y es capaz de mantener durante siglos edificios imponentes en pie, miramos hacia su equivalente sin intervenir: la piedra. Rocas y piedras permanecen y permanecerán durante siglos inmutables, actuando como testigos de las distintas etapas y ciclos de la Tierra. Pero en ocasiones podemos encontrar gestos que rompen con las ideas preconcebidas que tenemos sobre la eternidad y lo imperturbable. En este punto exacto aparece ante nuestros ojos la piedra de sal. Su aspecto es el de una piedra al uso, no obstante, este símbolo de lo imperedecero y lo incorruptible puede ser modificado, y sin duda lo hace, por algo que, a priori, podría parecer insignificante y nimio: la lengua de las vacas que lamen estas piedras para obtener diversos beneficios.

Cuando hablamos de eternidad, ¿nos paramos a pensar en la necesidad de que las cosas sean verdaderamente eternas o en la posibilidad de que esto sea una falacia? Nuestro mundo no es más que uno de la multitud de mundos posibles que han sido, están siendo o serán y todos ellos están condenados al mismo final: ¿la destrucción? Desde luego que no, la transformación de la materia. Tal vez esto lo saben los animales o al menos, si no lo saben no parece importarles ni que basen su existencia en ello, pero los seres humanos parecemos obviarlos por completo y tratamos de aferrarnos a nuestra manera de ver el mundo e imponerla sobre todos los seres que habitan la Tierra. Para ello creamos el binarismo, las dicotomías y nos inventamos que existe lo natural y lo artificial, lo humano y lo animal, lo civilizado y lo salvaje, y subalternizamos todo aquello que no caiga en el lado positivo de esta balanza aleatoria y opresiva.

Eduardo Rodríguez juega al juego de las dicotomías para poner en evidencia este absurdo en su exposición *La lengua es una tangente*. En verde nos encontramos con todo lo artificial, con el césped, con las estructuras, con la luz; sin embargo, el blanco parece teñir todo lo que remite a lo natural, como la sal o las piedras de sal. Estos bloques se nos muestran de un color un poco más parecido al de las piedras de otros minerales de tonalidades más cálidas. Rodríguez también juega a pervertir las ideas de humano y no-humano. Entiende las dicotomías como construcciones sociales, que pueden ser derribadas, destruidas y vueltas a poner en pie de diferentes maneras. Se puede construir con ellas, al igual que se puede volver a edificar con los restos de un edificio en ruinas tal y cómo afirma el comisario, conservador y escritor Cuauhtémoc Medina sobre la obra de Lara Almarcegui en el maravilloso catálogo titulado *Lara Almarcegui. Bienal de Venecia 2013*: “¿Cuál es la diferencia entre materiales y escombros, si en términos estrictos son dos presentaciones de la

misma sustancia, si pueden ambos equivaler a un mismo edificio, si pueden ser física y químicamente equivalentes?” (Medina, 2013, p.25).

Pensemos ahora en la lengua, ese músculo móvil y rosáceo que es el órgano atribuido a la palabra. Esta no parece tener el potencial suficiente para poder modificar una piedra, sin embargo, la repetición del gesto de lamer permite que un animal como una vaca, pueda hacer desaparecer la eternidad. Si habláramos en términos binarios: la piedra sería la unidad mínima de la naturaleza, frente al bloque o el ladrillo, unidades mínimas de la civilización y del progreso, de las ciudades modernas. No obstante, esto no nos interesa más que como una construcción preconcebida, como una idea anterior a nosotros que puede ser pervertida y deformada, tal y como la vaca es capaz de hacer con las piedras de sal.

Tras estas reflexiones nos preguntamos si tal vez en lo nimio, en los gestos ínfimos, en los pequeños pellizcos o en lo liminal se encuentre un potencial extraordinario capaz de cambiar el mundo. Y de hecho, sobre todo esto se ha escrito mucho y desde diversos ámbitos y disciplinas. Por ejemplo, lo menor en arquitectura estaría relacionado con todo lo ya mencionado y con dar importancia a lo que históricamente ha sido olvidado, borrado u obviado, frente a lo construido para ser símbolo de poder. Precisamente sobre esto hablaría la arquitecta y profesora Jill Stoner en su muy celebrado libro titulado *Hacia una arquitectura de lo menor*, asegurando que: “Las arquitecturas menores no solo inscriben una voz minoritaria en el habla de la mayoría, también deshacen identidades. Obras que parecían terminadas son devueltas al fluir de los procesos” (Stoner, 2018, p. 115).

La repetición sería también una buena aliada para estos gestos que parecen insignificantes. Los animales nos lo muestran constantemente. La lengua de las vacas es solo un ejemplo entre millones, pero es el que aquí nos interesa y tomamos como símbolo sobre el que se articula la propuesta de Eduardo Rodríguez, para él: “el lengüetazo de la vaca es su pellizco”. Desde luego, la frase “la muerte a pellizcos” nos da una pista sobre la destructiva potencialidad de estos; no parece que esta expresión sea producto del humor o del azar. Esta frase hecha, comúnmente utilizada en territorio andaluz para referirse a un final fatídico ya anunciado, sin remedio alguno, me parece un buen ejemplo de cómo algo que en apariencia puede ser inofensivo, o al menos, incapaz de causar un daño grave, es capaz de causar la destrucción más absoluta.

Pero volvamos en este punto sobre la lengua y la comida. Si investigamos, podemos encontrar algunos comederos para vacas, con forma octogonal que las reúnen, pero no de la misma forma que nos reunimos los seres humanos alrededor de una mesa. De las reses al comer vemos su cuello moverse mientras se alimentan. Cuando una vaca u otros mamíferos parecidos a esta lo hacen, no solo podemos saber que lo están haciendo mirándoles a la cara, viendo cómo mastican y cómo sus lenguas se mueven. Si nos colocamos detrás de ellos podemos observar cómo los huesos cervicales se mueven. Los seres humanos, al menos en nuestra sociedad y próximas a esta, comemos mirándonos a la cara, contemplando el movimiento de nuestras bocas, pero nunca percibimos el ajeteo de nuestras vértebras mientras lo hacemos. Con su instalación *Mesa para lenguas excéntricas* Rodríguez borra las fronteras entre humano y animal para que pueda producirse un encuentro en el umbral. En esta especie de espacio liminal es en el que nos movemos cuando transitamos por *La lengua es una tangente*.

La comida es un punto de encuentro y de unión, con ella se produce un intercambio a través de la lengua, pero no es lo único que ocurre. Si nos diéramos la vuelta mientras comemos se anularía la comunicación ya que los seres humanos tenemos los pabellones auditivos situados hacia delante. Sin embargo, tal y como deja de manifiesto Rodríguez, nosotros también somos animales y tenemos vértebras cervicales, algo que comparten los animales vertebrados. Desde una mesa corriente no se puede ver el movimiento de las cervicales al comer, porque se come en reunión hacia dentro, pero con *Mesa para lenguas excéntricas*, que supone un gesto mínimo pero muy lúcido, al tratarse de un

comedero de vacas para el que han creado sillas que se nos muestran colgadas en la pared y que podemos descolgar para colocarlas y sentarnos en el comedero, podemos observar cómo se mueven otras partes del cuerpo como los huesos del cuello. *La lengua es una tangente* nos da varias pistas: darse la vuelta al comer, el pellizco, la lengua que deforma la sal, gestos nimios, en definitiva, como ya venimos anunciando. La propia exposición es una partitura de rituales que pueden ser seguidos o no. Seguirlos no altera el curso de la muestra, que puede disfrutarse y transitarse sin ser conscientes de ello, ya que cuenta con una cuidada estética y unos resultados plásticos y formales verdaderamente bellos, pero si sabemos leer la partitura que supone la propuesta expositiva, esta puede proporcionarnos un cambio en nuestra mirada, una alteración en nuestra corporalidad.

En este punto nos encontramos con dos obras en vídeo, en la primera, podemos ver a la hermana de Rodríguez comiendo de espaldas, demostrando que al comer nuestro cuello también se mueve, al igual que el de las vacas. Por otro lado, la otra obra audiovisual nos muestra lo que podría suponer un perfecto escenario dicotómico: el río Salado de Priego situado en Priego de Córdoba, pueblo cercano a su Almedinilla natal, en el cual sucede que en un lado del río se ve vegetación y al otro secarral, esto se produce porque en ese lado el agua no es salada, pero en el otro lado sí. Nos encontramos con que la sal no permite que haya vegetación, no permite la vida. No obstante, muchos animales, comen sal para suplir su alimentación. Otra cosa que resulta llamativa es que el recorrido de *La lengua es una tangente* comienza con *Pellizco sobre lengua de vaca* donde podemos observar cómo las papilas gustativas de la vaca se quedan marcadas en los dedos de quien intenta pellizcarla, dejándoles a su vez el aspecto de una lengua, y termina con las imágenes en vídeo de un hombre flotando en el Mar Muerto.

Rodríguez trata de mostrarnos a lo largo de toda la exposición, no solo el absurdo de las dicotomías, sino como la corporalidad puede cambiar con ayuda de cosas aparentemente insignificantes y anodinas como la sal. La intención presente a lo largo de todo el recorrido por la sala es la de cambiar la corporalidad, el punto de vista, con todo el potencial performativo que esto conlleva. Nos invita a seguir diferentes rituales, a coger los taburetes colgados en la pared para completar las sillas con el comedero, nos insta de manera silenciosa a subirnos a los bloques para mirar desde esa nueva altura, nos reta a interpretar el pellizco al culo de un salero blando que, de repente, se transforma en una boca con dientes y todo pegada a una garganta.

Los rituales que pueden ser accionados a lo largo de la exposición no tienen que ver con lo religioso o con lo místico. Son rituales ligados a lo cotidiano y a cierto espíritu lúdico que invita a quienes visitan la propuesta a involucrarse con ella y replantearse su mirada y su corporalidad, como ya hemos comentado, para adentrarse en ella a otro nivel. Ya que como afirma el filósofo Byung-Chul Han en su libro *La desaparición de los rituales*, estos: “son prácticas simbólicas de instalación en un hogar” (Han, 2022, p. 27). *La lengua es una tangente* se relaciona, en este sentido y a mi parecer, de manera directa con *Una casa fuera de sí* libro del arquitecto y profesor Víctor Navarro, donde se narra cómo el célebre arquitecto Frank O. Gehry y su esposa Berta Isabel Aguilera compraron una casa en Santa Mónica, California en 1977, con la intención de que fuera su hogar, pero Gehry la transformó por completo, no dejando indiferente a nadie en su vecindario. Sobre esta casa Navarro nos cuenta algo, que a mi parecer, podría ser aplicable a Eduardo Rodríguez con respecto a su propuesta expositiva, ya que este también: “(...) delega en unos pocos objetos la labor de reconstruir el sentido del espacio original mientras que con otros llega hasta el límite físico, hasta el extremo de su capacidad portante” (Navarro, 2022, p. 56).

Eduardo Rodríguez nos cuenta una historia que no tiene narrativa, su obra se relaciona tal vez mejor con la dimensión poética y las relaciones presentes en esta. Pero también con lo performativo y lo teatral. Asimismo, nos deja un gesto profundamente poético en la sala, que tras la finalización de *La lengua es una tangente*, se queda en ella y la habita. Casi como a modo de juego, este realizó unos lametones con una lengua falsa y superglue. Nadie los veía, y precisamente por esto, cuando se

inauguró la siguiente exposición en la sala, estos se quedaron allí, apenas perceptibles, solo visibles para quienes supieran que estaban allí y buscaran ese tímido brillo que deja el pegamento en la pared. Tal y como el resto de las obras de Rodríguez, estos lametones no buscan colonizar el espacio, sino habitar un lugar sin pretender invadirlo. Con ellos además busca cuestionar el lametón humano sobre la arquitectura, sobre las piezas. Estos lametones nos muestran otra dimensión de similitudes entre animales humanos y no-humanos y nos hacen preguntarnos de qué manera nos relacionamos con el espacio arquitectónico y con los lugares que habitamos, ¿los habitamos realmente? Y si no es así, ¿de qué manera podemos hacerlo?

La temporalidad que se nos muestra en *La lengua es una tangente*, nos remite a cierto tiempo donde los rituales estaban más presentes y, por tanto, saber leerlos o interpretarlos era más accesible para todos. Los tiempos acelerados capitalistas no nos permiten transitar despacio una sala de exposiciones para poder descubrir las lógicas que no quedan de manifiesto con un solo vistazo. Deberíamos preguntarnos si llegamos a vislumbrar el potencial de los objetos y de las experiencias que nos encontramos, o si, por el contrario, solo somos capaces de ver aquello que es evidente, aquello que se nos señala con flechas y luces de neón. Eduardo Rodríguez nos muestra la potencialidad de lo nimio y de lo ritual, y nos propone, sin lugar a dudas, estrategias para alterar nuestras corporalidades que nos ayuden a habitar el mundo, uno que sin duda, compartimos todos los seres que moramos en la Tierra.

## **BIBLIOGRAFÍA**

BOUMA, Ole; MEDINA, Cuauthémoc; URSPRUNG, Philip y ZAYA, Octavio (2013), *Lara Almarcegui. Bienal de Venecia 2013*. Turner: España.

HAN, Byung-Chul (2022), *La desaparición de los rituales*. Herder: Barcelona.

NAVARRO, Víctor (2022), *Una casa fuera de sí*. Caniche: Bilbao.

STONER, Jill (2018), *Hacia una arquitectura menor*. Bartlebooth: Madrid.